

la vertiente del Simplon sobre Domo d'Ossola; pero no conduce á Granada ni á Nápoles. No se encuentran abajo lagos brillantes ni naranjos: es inútil tomarse tanto trabajo para llegar á campos sembrados de patatas.

En la parada, á la mitad del descenso, me encontré en familia en el cuarto de la posada: las aventuras de Atala en sus estampas entapizaban las paredes. Mi hija no sospechaba que pasaría yo por allí, y yo tampoco esperaba encontrar un objeto tan querido á orillas de un torrente llamado, á lo que creo, el *Dragon*. ¡Bien vieja, fea y cambiada estaba la pobre Atala! Llevaba en la cabeza grandes plumas, y alrededor de su cintura una faldilla corta y ajustada, á semejanza de los salvajes del teatro de la *Gaité*: la vanidad todo lo convierte en sustancia, y yo me pavoneaba delante de mis obras en el fondo de la Carintia, como el cardenal de Mazarino ante los cuadros de su galería. Deseos se me pasaban de decir á mi posadero: «Yo he sido quien ha hecho eso.» Fuéme preciso separarme de mi primogénita, con menos dificultad, no obstante, que en la isla del Ohio. Nada llamó mi atención hasta Werfen sino el modo de hacer secar la yerba; se fijan en tierra estacas de quinque á veinte piés de altura: rodéase, sin apretarlo demasiado, el heno crecido alrededor de aquellas estacas, y se seca en ellas ennegreciéndose. A cierta distancia parecen esas columnas cipreces ó trofeos plantados en memoria de flores segadas en aquellos valles.

Martes 21 de setiembre.

La Alemania ha querido vengarse de mi mal humor contra ella. El 24 por la mañana, en la llanura de Salzbourg, apareció el sol al Este de las montañas que dejaba yo detrás de mí; algunos picos de roca se iluminaban al Occidente con sus primeros resplandores, en extremo suaves. La sombra vagaba aun por la llanura medio verde y medio labrada, de donde se elevaba un humo como el vapor de los sudores del hombre. El palacio de Salzbourg, aumentando la cima del montecillo que domina la ciudad, encontraba en el cielo azul su reflejo blanco. Con la ascension del sol salian del seno de las frescas emanaciones del rocío las avenidas, los grupos de bosques, las casas de ladrillo encarnado, las casitas blanqueadas con una cal brillante, las torres de la edad media, acuchilladas y agujereadas, antiguos campeones del tiempo, heridos en la cabeza y en el pecho, que han quedado solo en pié en el campo de batalla de los siglos. La luz otoñal de aquella escena tenía el color violeta de las flores que se abren en esta estacion, y de que están sembrados los prados á lo largo del Saltz. Bandadas de cuervos, que abandonaban las vedras y los agujeros de las ruinas, bajaban á los barbechos: sus alas vistosas tomaban un tinte rosado al reflejo de la mañana.

Era la fiesta de San Ruperto, patron de Salzbourg. Las aldeanas iban al mercado adornadas á la manera de su pueblo: sus blondos cabellos y su frente de nieve se encerraban bajo unas especies de cascos de oro, que sentaban muy bien á las germanas. Cuando atravesé la poblacion aseada y hermosa vi en una pradera dos ó tres mil hombres de infantería, á quienes pasaba revista un general acompañado de su estado mayor. Aquellas líneas blancas que surcaban el verde césped, el brillo de las armas al despuntar el día, eran una pompa digna de aquellos pueblos descritos ó mas bien cantados por Tácito: Marte el Teuton ofrecia un sacrificio á la aurora. ¿Qué hacian en este momento mis gondoleros en Venecia? Regocijábanse como golondrinas despues de la noche al asomar la aurora, y se preparaban á surcar la superficie del agua: luego vendrán los goces de la noche, las barca-

rolas y los amores. A cada pueblo su suerte: á unos la fuerza, á otros los placeres: los Alpes forman la línea divisoria.

Desde Salzbourg hasta Linz, tierras muy pingües, aparece el horizonte á la derecha, dentado de montañas. Arbustos de pinos y hayas, oasis agrestes y parecidos, se hallan rodeados de un cultivo bien dirigido y variado. Rebaños de diferentes clases, aldeas, iglesias, oratorios, y cruces, pueblan y animan el paisaje.

Despues de pasar el radio de la fiesta de San Ruperto (las fiestas entre los hombres duran poco y no van lejos) hallamos á todo el mundo en los campos, ocupado en la sementera de otoño y en la recoleccion de las patatas. Aquellas poblaciones rústicas estaban mejor vestidas, eran mas cultas y parecian mas felices que las nuestras. No turbemos el orden, la paz, las virtudes sencillas de que gozan, á pretexto de sustituirles bienes políticos que ni son concebidos ni sentidos de una misma manera por todos. La humanidad entera comprende los goces del hogar, las afecciones de familia, la abundancia de la vida, la sencillez del corazon y de la religion.

El francés, tan amante de las mujeres, se pasa muy bien sin ellas en una multitud de cuidados y trabajos; el alemán no puede vivir sin su compañera: la emplea y la lleva á todas partes consigo, á la guerra y al trabajo, al festin y al duelo.

En Alemania hasta las bestias participan del carácter moderado de sus racionales amos. Cuando uno viaja es digno de observarse la fisonomía de los animales. Pueden prejuizarse las costumbres y pasiones de los habitantes de una comarca por la dulzura ó la perversidad, el andar manso ó feroz, el aire de alegría ó de tristeza de esa parte animada de la creacion que Dios ha sometido á nuestro imperio.

Un accidente ocurrido al carruaje me obligó á detenerme en Woknabruk. Visitando la posada, una puerta trasera me llevó á la entrada de un canal. Por el lado de allá se extendian praderas, cruzadas por listas de lienzo crudo. Un rio que corría al pié de colinas pobladas de vegetacion servía de limite á aquellas praderas. No sé qué me recordaba la aldea de Plan-couet, en donde se me presentó la felicidad en mi infancia. ¡Sombras de mis ancianos padres, no os esperaba en estas orillas! ¡Os acercais á mí, porque me acerco á la tumba, vuestro asilo! ¡Allá vamos á encontrarnos! Mi buena tia, ¿cantais todavía á orillas del Leteo vuestra cancion del *Milano* y de la *Currucaca*? ¿Habeis encontrado entre los muertos al voluble Tremigon, como Dido vió á Eneas en la region de los manes?

Cuando salí de Woknabruk terminaba el día; el sol me puso en manos de su hermana, doble luz de un tinte y de una fluidez indefinible. Muy pronto reinó sola la luna, y parecia tener deseos de reanudar nuestra conversacion de los bosques de Haselbach; pero yo no estaba de humor para ello. Preferí á ella á Venus, que apareció á las dos de la mañana el 25: estaba hermosa como entre esas auroras en donde la contemplaba implorándola sobre los mares de Grecia.

Dejando á derecha é izquierda muchos misterios de bosques, arroyos y valles, atravesé á Lambac, Wells y Neuban, pequeñas poblaciones nuevas, con casas sin tejado, á la italiana. En una de aquellas casas se oia música: á las ventanas habia asomadas algunas muchachas: en los tiempos de los maraboduuus no sucedia eso.

En las ciudades de Alemania las calles son anchas y rectas, como las tiendas de un campamento ó las filas de un batallon: los mercados grandes, las plazas de armas espaciosas: se necesita sol, y todo se hace en público.

En las ciudades de Italia, las calles son estrechas y

tortuosas; los mercados pequeños; las plazas de armas, reducidas: se necesita sombra, y todo se hace en secreto.

En Linz fue visado mi pasaporte sin dificultad.

EL DANUBIO.—WALDMUNCHEN.—BOSQUES.—CÓMBOURG.—LUCILA.—VIAJEROS.—PRAGA.

24 y 25 de setiembre de 1835.

Pasé el Danubio á las tres de la mañana: yo le habia dicho en verano lo que no encontraba que decirle en otoño: no estaba él en las mismas aguas ni yo en las mismas horas. Dejé lejos, á mi izquierda, mi buena aldea de Waldmunchen, con sus pjaras de cerdos, el pastor Eumeo y la aldeana que me miraba por encima del hombro de su padre. La fosa del muerto en el cementerio habrá sido llena y el difunto comido por millares de gusanos por haber tenido el honor de ser hombre.

Mr. y Mad. de Bauffremont, llegados á Linz, me precedieron en algunas horas; tambien á ellos les precedian algunos realistas portadores de mensajes de paz: creian á *Madame* caminando tranquila tras de ellos, y yo los seguia á todos como la discordia con noticias de guerra.

La princesa de Bauffremont, de apellido Montmorency, iba á Butschirad á cumplimentar á reyes de Francia llamados *Borbones*: nada mas natural.

El 25, á la caída de la tarde, entré en bosques. Las cornejas chillaban por el aire. Sus densas bandas giraban por encima de los árboles, cuya cima se preparaban á coronar. Eso me hizo volver á mi primera juventud y ver las cornejas del mallo de Combourg: creí volver á mi vida de familia en el antiguo castillo. ¡Oh, recuerdos, que atravesais el corazon como una saeta! ¡Oh, mi Lucila; muchos años nos han separado! Ahora la multitud de mis dias ha pasado, y al disiparse me deja ver mejor tu imagen.

Estaba de noche en Thabor: su plaza rodeada de arcos me pareció inmensa; pero la luz de la luna es engañosa.

El 26 por la mañana nos cubrió una bruma de su soledad sin límites. A eso de las diez me pareció que pasaba entre dos lagos. No estaba mas que á algunas leguas de Praga.

Levantóse la niebla. Las cercanías por el camino de Linz son mas animadas que por el camino de Ratisbona: el paisaje es menos plano. Véanse ciudades, castillos con arbustos y estanques. Encontré á una mujer de semblante piadoso y resignado abrumada bajo el peso de una enorme banasta; á dos vendedoras viejas que tenían de muestra algunas manzanas á orillas de un foso; á una muchacha y un jóven sentados sobre el musgo, él fumando y ella alegre, de dia al lado de su amigo, de noche en sus brazos; á unos muchachos á la puerta de una choza jugando con unos gatos ó conduciendo gansos á la dehesa; á unos pavos en jaulas dirigiéndose á Praga, como yo, para la mayoría de Enrique V; luego á un pastor tocando el cuerno, mientras que Bautista, Jacinto, el *cicerone* de Venecia y mi excelencia caminábamos en nuestro carruaje recompuesto. Esos son los destinos de la vida: no da-ria una blanca por el mejor.

La Bohemia no me ofrecia nada nuevo: mis ideas estaban fijadas en Praga.

Praga 29 de setiembre de 1835.]

A los dos dias de mi llegada á Praga envié á Jacinto á llevar una carta á la duquesa de Berry, á quien, segun mis cálculos, debia encontrar en Trieste. Esta carta decia á la princesa «que habia encontrado á la familia real que salia para Leoben; que habian llegado

algunos franceses jóvenes para la época de la mayoría de Enrique, y que el rey se escapaba de ellos; que habia visto á la delfina, y me habia invitado á ir inmediatamente á Butschirad, donde se hallaba todavía Carlos X; que no habia visto á la princesa porque estaba algo indispueta; que me habian hecho entrar en su cuarto, cuyas ventanas estaban cerradas; que en la oscuridad me habia alargado su mano ardorosa, rogándome que los salvase á todos.

«Que habia ido á Butschirad; que habia visto á Mr. de Blacas y hablado con él sobre la declaracion de la mayoría de Enrique V; que introducido en la cámara del rey, le habia encontrado durmiendo, y que, habiéndole presentado despues la carta de la duquesa de Berry, me habia parecido muy animado contra mi augusta cliente; que, por lo demás, el acta redactada por mí sobre la mayoría habia parecido agradable.»

La carta terminaba en este párrafo:

«Ahora, señora, no debo ocultaros que hay mucho mas aquí. Nuestros enemigos podrian reirse si nos viesen disputarnos un trono sin reino, un cetro que no es mas que el baston en que apoyamos nuestros pasos en la peregrinacion larga quizá de nuestro destierro. Todos los inconvenientes están en la educacion de vuestro hijo, y no veo mas que una probabilidad para que sea cambiado. Vuelvo á los pobres de quienes cuida Mad. de Chateaubriand: allí estaré siempre á vuestras órdenes. Si alguna vez llegais á ser dueña absoluta de Enrique, y persistiéseis en creer que ese precioso depósito puede ser confiado á mis manos, me tendré por tan feliz como honrado en consagrarle el resto de mi vida; pero no podria tomar sobre mí tan terrible responsabilidad, sino bajo la condicion de ser bajo vuestros consejos enteramente libre en mis elecciones y en mis ideas, y estar situado en un suelo independiente, fuera del círculo de las monarquías absolutas.»

En la carta iba incluida copia de mi proyecto de declaracion de la mayoría, que dice asi:

«Nos, Enrique V de nombre, llegado á la edad en que las leyes del reino fijan la mayoría del heredero del trono, queremos que el primer act de esta mayoría sea una protesta solemne contra la usurpacion de Luis Felipe, duque de Orleans. En su consecuencia, y de acuerdo con nuestro consejo, hacemos la presente acta para la conservacion de nuestros derechos y los de los franceses. Dado á los treinta dias de setiembre del año de gracia de 1833.»

MAD. DE GONTAUT.—JÓVENES FRANCESES.—LA DELFINA.—EXCURSION Á BUTSCHIRAD.

Praga 30 de setiembre.

Mi carta á la duquesa de Berry indicaba los hechos generales, pero no entraba en pormenores.

Cuando vi á Mad. de Gontaut en medio de las maletas á medio hacer y de las cajas abiertas, se arrojó á mi cuello, y exclamó sollozando:—«¡Salvadme! ¡Salvadnos!—¿Y de qué he de salvaros, señora? Acabo de llegar, y nada sé.» Hradschin estaba desierto: no parecia aquello sino otras jornadas de julio, y el abandono de las Tullerías como si las revoluciones siguiesen los pasos á la raza proscripta.

Varios jóvenes llegan á felicitar á Enrique por el dia de su mayoría: algunos están sentenciados á muerte: otros, heridos en la Vendée, y pobres en su mayor parte, se han visto precisados á escotar para llevar á Praga la expresion de su fidelidad. Inmediatamente una orden les cierra las puertas de la Bohemia. Los que llegan á Butschirad no son recibi-

dos sino después de los mayores esfuerzos: la etiqueta les cierra el paso, como los gentiles hombres de cámara impedían en Saint-Cloud la entrada en la cámara de Carlos X mientras que la revolución entraba por las ventanas. Declaran á esos jóvenes que el rey se marcha, y que no estará en Praga el 29. Están encargados los caballos, y la familia real hace su equipaje. Si los viajeros obtienen al fin el permiso de pronunciar de prisa alguna felicitación, se les escucha con temor. No se ofrece siquiera un vaso de agua á la pequeña tropa de leales, ni le invitan á la mesa del huérfano á quien ha ido á buscar desde tan lejos, viéndose reducida á beber en una taberna á la salud de Enrique. Se huye ante un puñado de vandeanos como cuando la dispersion ante un centenar de héroes de julio.

¿Y cuál es el pretexto de esa escapada? Salir al encuentro á la duquesa de Berry; dar á la princesa una cita en medio de un gran camino para enseñarla á hurtadillas á sus hijos. ¿No es muy culpable acaso? Se obstina en reclamar para Enrique un vano título. Para salir de una posición bien sencilla, se ostenta á los ojos del Austria y de la Francia (si es que la Francia para su atención en esas pequeñeces) un espectáculo que haría á la legitimidad, harto rebajada ya, el desconsuelo de sus amigos y el objeto de la calumnia de sus enemigos.

La delfina conoce los inconvenientes de la educación de Enrique V, y sus virtudes se deshacen en lágrimas como el cielo se deshace por las noches en rocío. Los breves instantes de audiencia que me concedió no le permitieron hablarme de mi carta de París del 30 de junio: al mirarme parecía estar conmovida.

En los rigores mismos de la Providencia parecía encubrirse un medio de salvación: la expatriación aparta al huérfano de lo que amenazaba perderle en las Tullerías: en la escuela de la adversidad hubiera podido ser educado bajo la dirección de algunos hombres del nuevo orden social, hábiles para instruirle en la nueva monarquía. En vez de tomar esos maestros de oportunidad, lejos de mejorar la educación de Enrique V, se le hace más fatal con la intimidad que produce la vida estrecha en familia; en las noches de invierno, unos ancianos, atizando los siglos al rincón del fuego, enseñan al infante días cuyo sol nada volverá á hacer aparecer; trasfórmanle las crónicas de San Dionisio en cuentos de viejas: los dos primeros barones de la edad moderna. La libertad y la igualdad sabrían obligar á Enrique sin tierra á dar una gran carta.

La delfina me había invitado á hacer la excursión de Butschirad: MM. Dufougerais y Nagent me llevaron en embajada á ver á Carlos X la tarde misma de mi llegada á Praga. Al frente de la diputación de los jóvenes iban á terminar las negociaciones principia- das con motivo de la presentación. El primero, implicado en mi proceso ante el tribunal de *assises*, había defendido su causa con mucho talento; el segundo acababa de sufrir una prisión de ocho meses por delito de imprenta en sentido realista. El autor de *El Genio del Cristianismo* tuvo, pues, el honor de presentarse al rey cristianísimo sentado en un carruaje de plaza entre el autor de *La Moda* y el autor de *El Duende*.

BUNSCHIRAD. — SUEÑO DE CARLOS X. — ENRIQUE V. — RECEPCIÓN DE LOS JÓVENES.

Praga 30 de setiembre de 1835.

Butschirad es una gran quinta del duque de Toscana, á casi seis leguas de Praga, sobre el camino de Carlsbad. Los príncipes austriacos tienen sus bienes patrimoniales en su país, y no son más allá de los

Alpes sino posesiones vitalicias: tienen á la Italia en arrendamiento. Llegase á Butschirad por una triple arboleda de manzanos. La quinta no tiene apariencia alguna, y se asemeja con sus dependencias á una hermosa alquería que domina en medio de una llanura desnuda una aldea mezclada de árboles verdes y de una torre. El interior de la habitación es un contrasentido italiano, bajo los cincuenta grados de latitud: grandes salones, sin chimeneas ni estufas. Las habitaciones están tristemente enriquecidas con los despojos de Holy Rood. El palacio de Jacobo II, que volvió á amueblar Carlos X, ha suministrado con la mudanza á Butschirad los sillones y alfombras.

El rey tenía calentura, y estaba durmiendo cuando llegué á Butschirad el 27 á las ocho de la tarde. Mr. de Blacas me hizo entrar en el cuarto de Carlos X, como había dicho á la duquesa de Berry. Ardia sobre la chimenea una pequeña lámpara, y no oía en el silencio de las tinieblas más que la fuerte respiración del trigésimoquinto sucesor de Hugo Capeto. ¡Oh, anciano rey mío! Vuestro sueño era penoso; el tiempo y la adversidad, terribles pesadillas, abrumaban vuestro pecho. Cualquiera joven se acercaría al lecho de su joven esposa con menos amor que respeto sentía yo al caminar con furtivo paso hacia vuestro lecho solitario. Al menos yo no era un mal sueño, como el que os despertó para ir á ver espirar á vuestro hijo. Yo os dirigía interiormente estas palabras, que no hubiera podido pronunciar en voz alta sin deshacerme en lágrimas: — ¡El cielo os preserve de todo mal! ¡Dormid en paz estas noches próximas á vuestro último sueño! Bastante tiempo han sido vuestras vigillas las del dolor, que ese lecho del destierro pierda su dureza aguardando á la visita de Dios! Solo este puede hacer ligera á vuestros huesos la tierra extranjera. »

Si, habría dado con júbilo toda mi sangre por hacer la legitimidad posible á la Francia. Habíame figurado que sucedería con la antigua monarquía lo que con la vara seca de Aaron: quitada del templo de Jerusalem, reverdeció y brotó las flores del almendro, símbolo de la renovación de la alianza. No hago esfuerzo ninguno en sofocar mi pena, en contener las lágrimas con que quisiera borrar hasta la última huella de los reales dolores. Los impulsos que experimento en diferentes sentidos respecto de unas mismas personas prueban la sinceridad con que están escritas estas *Memorias*. En Carlos X, el hombre me enternece, el monarca me lastima, y me dejo llevar de esas dos impresiones conforme se van sucediendo, sin tratar de conciliarlas.

El 28 de setiembre, después de Carlos X me recibió por la mañana desde su cama, me mandó llamar Enrique V. Yo no había podido verle. Díjeme algunas graves palabras acerca de su mayoría y de esos leales franceses, cuyo ardor les había ofrecido espuelas de oro.

Por lo demás, es imposible ser tratado mejor de lo que yo lo fui. Mi llegada había sembrado alarma, pues se temía el relato de mi viaje en París. De consiguiente todas las atenciones eran para mí: todo lo demás se descuidaba. Mis compañeros, dispersos, muertos de hambre y sed, vagaban por los corredores, las escaleras, los patios, en medio del azoramiento de los amos de la casa y de los preparativos de su evasión. Oíanse juramentos y carcajadas.

La guardia austriaca se maravillaba de aquellos individuos con bigotes y en traje de paisano, y sospechaba que fuesen soldados franceses disfrazados que tratasen de apoderarse de Bohemia por sorpresa.

Durante esta tempestad por fuera, Carlos X me decía en su cuarto: — «Me he ocupado en corregir el acta de mi gobierno en París. Tendreis por colegas á Mr. de Villele, como habeis deseado, al marqués de Latour-Mouhourg y al canciller.»

Di gracias al rey por sus bondades, admirando las ilusiones de este mundo. Cuando la sociedad se desquicia: cuando las monarquías desaparecen; cuando la faz de la tierra se renueva, Carlos X establece en Praga un gobierno en Francia, oído el parecer de su consejo. No nos burlemos demasiado: ¿quién no tiene su quimera? ¿Quién no da oídos á nacientes esperanzas? ¿Quién no tiene su gobierno *in petto*, oído el parecer de sus pasiones? La burla sentaría muy mal en mí, que soy el hombre de los sueños. Estas memorias que bosquejo de prisa, ¿no son un gobierno, oído el parecer de mi vanidad? ¿No creo hablar muy formalmente al porvenir, tan lejos de estar á mi disposición, como la Francia á las órdenes de Carlos X?

El cardenal Látil, huyendo de encontrarse en la barahunda, había ido á pasar algunos días á casa del duque de Rohan. Mr. de Foresta pasaba misteriosamente con una cartera bajo el brazo; Mad. de Bouille me hacía profundas reverencias como persona de partido, con los ojos bajos, que querían ver al través de sus párpados; Mr. La Vilatte aguardaba recibir su licencia; nadie se acordaba de Mr. de Barande, que se lisonjeara en vano de volver á entrar en gracia, y moraba en un rincón de Praga.

Fuí á hacer mi corte al delfín. Nuestra conversación fue breve:

- «¿Cómo se halla monseñor en Butschirad?
 - «Vejetando.
 - «Lo mismo que todos, monseñor.
 - «¿Y vuestra mujer?
 - «Monseñor, padece de las muelas.
 - «¿Fluxion?
 - «No, monseñor; años.
 - «¿Comeis con el rey? Allí nos veremos.»
- Y nos separamos.

LA ESCALERA Y LA ALDEANA. — COMIDA EN BUTSCHIRAD. — MAD. DE NARBONNE. — ENRIQUE V. — PARTIDA DE WHIST. — CARLOS X. — MI INCREDLIDAD SOBRE LA DECLARACIÓN DE MAYORÍA. — LECTURA DE PERIÓDICOS. — ESCENA DE LOS JÓVENES EN PRAGA. — SALGO PARA FRANCIA. — PASO DELANTE DE BUTSCHIRAD DE NOCHE.

Praga 28 y 29 de setiembre de 1835.

Me encontré en libertad á las tres: la comida era á las seis. No sabiendo qué hacer, me fui á pasear á unas arboledas de manzanos, dignas de la Normandía. La recolección del fruto de aquellos falsos naranjos asciende en los buenos años á diez y ocho mil francos. Las camuesas son exportadas á Inglaterra, y no se hace con ellas sidra, porque se opone á ello el monopolio de la cerveza en Bohemia. Según Tácito, los germanos tenían palabras para significar la primavera, el verano y el invierno, pero no para expresar el otoño, cuyo nombre y productos ignoraban: *nomen ac bona ignorantur*. Desde el tiempo de Tácito les ha llegado una Pomona.

Abrumado de cansancio me senté en los peldaños de una escalera apoyada contra el tronco de un manzano. Hallábame allí en la *claraboya* del palacio de Butschirad ó en la balastrada de la cámara del consejo. Al mirar el techo que cubría la triple generación de mis reyes, recordaba estas quejas del Maual árabe: «Aquí hemos visto desaparecer bajo el horizonte las estrellas que nos complacemos en ver levantarse bajo el cielo de nuestra patria.»

Lleno de estas ideas tristes, me dormí. Despertóme una voz dulce: era la de una aldeana bohemia que venía á coger manzanas, y que sacando el pecho y levantando la cabeza me saludaba al estilo slavo con una sonrisa de reina. Creí caer de mi palomar, y le dije en francés: — «Sois muy hermosa; os doy las gracias.» Conocí en su semblante que me había comprendido: las manzanas entran siempre por algo en

mis encuentros con las bohemianas. Bajé la escalera como uno de aquellos condenados de los tiempos feudales libertado por la presencia de una joven. Pensando en la Normandía, en Dieppe, en Fervaques, en el mar, volví á emprender el camino del Trianon de la vejez de Carlos X.

Sentámonos á la mesa el príncipe y la princesa de Bauffremont, el duque y la duquesa de Narbonne, Mr. de Blacas, Mr. Damas, Mr. O'Hegerty, yo, el delfín y Enrique V: mejor hubiera querido ver allí á los jóvenes que á mí. Carlos X no comió: quería prepararse para estar en disposición de marchar al día siguiente. El banquete estuvo animado, merced á la locuacidad del joven príncipe, el cual no cesó de hablar de su paseo á caballo, de su caballo, de las cabriolas de su caballo sobre el césped, de los resoplidos de su caballo en las tierras labradas. Esta conversación era muy natural, y sin embargo, me afligía; agrádame más nuestra antigua conversación sobre los viajes y la historia.

El rey vino y habló conmigo, felicitándome de nuevo sobre la nota de la mayoría: agradábale, porque, dejando á un lado las abdicaciones como cosa consumada, no exigía otra firma que la de Enrique, y no reavivaba herida ninguna. Según Carlos X, la declaración sería enviada de Viena á Mr. Pastoret, antes de mi regreso á Francia. Inclíneme con una sonrisa de incredulidad. S. M., después de darme un golpecito en el hombro, según costumbre, me dijo: — «Chateaubriand, ¿á dónde vais ahora?

— «A París, con las orejas gachas, señor.

— «No, con las orejas gachas no,» replicó el rey, buscando con una especie de inquietud el fondo de mi pensamiento.

Trajeron los diarios, y el delfín se apoderó de las *Gacetas* inglesas: de repente, en medio de un profundo silencio, tradujo en voz alta este pasaje de *El Times*: «Está aquí el barón de ***, de cuatro pies de estatura, de edad de setenta y cinco años, y tan ágil y de buen parecer como hace cincuenta años.» Y en seguida llamó monseñor.

Retiróse el rey, y me dijo Mr. de Blacas: «Debíais veniros á Leoben con nosotros.» La proposición no era formal, y además no tenía yo deseo ninguno de asistir á una fiesta de familia: no quería ni dividir á parientes ni mezclarme en reconciliaciones peligrosas. Cuando entrevi la posibilidad de ser el favorito de uno de los dos poderes, me extremecí: la posta no parecía bastante pronta para alejarme de mis honores posibles. La sombra de la fortuna me hace temblar, como la sombra del caballo de Ricardo hace temblar á los filistinos.

El día siguiente, 28, me encerré en la fonda de los Baños, y escribí un despacho á la duquesa de Berry. Aquella misma tarde marchó Jacinto con aquel despacho.

El 29 fui á ver al conde y á la condesa de Chotek, y los hallé confundidos con la algaravía de la corte de Carlos X. El gran burgrave enviaba á fuerza de estafetas á levantar las consignas que retenían á los jóvenes en las fronteras. Por lo demás, los que se veían en las calles de Praga no habían perdido nada de su carácter francés: un legitimista y un republicano, aparte la política, son los mismos hombres: ¡era aquello un ruido, una burla, una alegría! Los viajeros venían á mi casa á contarme sus aventuras. M... había visitado á Francfort con un *cicerone* alemán, entusiasta de los franceses. M... le preguntó la causa, y el *cicerone* respondió:

— «Los franceses venir á Francfort, soplar buenos tragos y hacer el amor á las lindas muchachas de la ciudad. El general Aucheró imponer cuarenta y un millones de contribución á la ciudad de Francfort.» Esas eran las razones por qué amaban tanto á los franceses en Francfort.

Sirvióse un gran almuerzo en mi posada, y los ricos pagaron el escote de los pobres. A orillas del Moldava se bebió vino de Champana á la salud de Enrique V, que corría los caminos con su abuelo por miedo de oír los brindis á su corona. A las ocho, arreglados mis asuntos, subí al carruaje, con la esperanza de no volver á Bohemia en mi vida.

Se ha dicho que Carlos X habia tenido intencion de retirarse al altar; antecedentes tenia de este designio en su familia. Richer, monge de Saones, y Geoffroy de Beaulieu, confesor de San Luis, refieren que este grande hombre habia pensado en encerrarse en un claustro cuando su hijo estuviese en edad de reemplazarle en el trono. Cristina de Pisan, dice de Car-

los V: «El sabio rey habia deliberado entre sí que si viviese hasta que su hijo, el delfin, llegase á la edad de llevar la corona, le haria dejacion de su reino... y se haria sacerdote.» ¿Si semejantes príncipes hubiesen abandonado el cetro, habrian faltado como tutores á sus hijos, y sin embargo, permaneciendo en el trono, hicieron dignos de ellos á sus sucesores? ¿Qué fue Felipe el Atrevido en comparacion de San Luis? Toda la cordura de Carlos V se trasformó en locura en su sucesor.

A las diez de la noche paso por delante de Butschirad, en la campiña muda, vivamente iluminada por la luna. Diviso la masa confusa de la quinta, de la aldea y de la ruina en que habita el delfin: la demás



LA ESCALERA Y LA ALDEANA.

familia va de viaje. Tan profundo aislamiento me conmovió: aquel hombre (ya lo he dicho) tiene virtudes: moderado en política, alimenta pocas preocupaciones; no tiene en sus venas mas que una gota de la sangre de San Luis, pero la tiene; su probidad es sin igual, y su palabra inviolable como la de Dios. Valeroso por naturaleza, su piedad filial le perdió en Rambouillet. Valiente y humano en España, tuvo la gloria de devolver un reino á su pariente, y no ha podido conservar el suyo. Luis Antonio, despues de las jornadas de julio, ha pensado en pedir un asilo en Andalucía. Fernando se lo habria sin duda rehusado. El marido de la hija de Luis XVI se consume en una aldea de Bohemia; un perro, cuyos ladridos oigo, es la

única guardia del príncipe; así ladra Cervero á las sombras en las regiones de la muerte, del silencio y de la noche.

Nunca he podido volver á ver en mi larga vida mis hogares paternos: no he podido establecerme en Roma, donde tanto deseaba morir: las ochocientas leguas que acabo de andar, comprendiendo en ellas mi primer viaje á Bohemia, me habrian llevado á las ciudades mas hermosas de Grecia, de Italia y de España. He devorado ese camino, y he gastado mis últimos días para volver á esta tierra húmeda y cenicienta. ¿Qué he hecho yo al cielo?

Entré en Praga el 26 á las cuatro de la tarde. Apeme en la fonda de los Baños, y no encontré á la

fóven criada sajona: habiase vuelto á Dresde á consolar con los cánticos de Italia á los cuadros desterrados de Rafael.

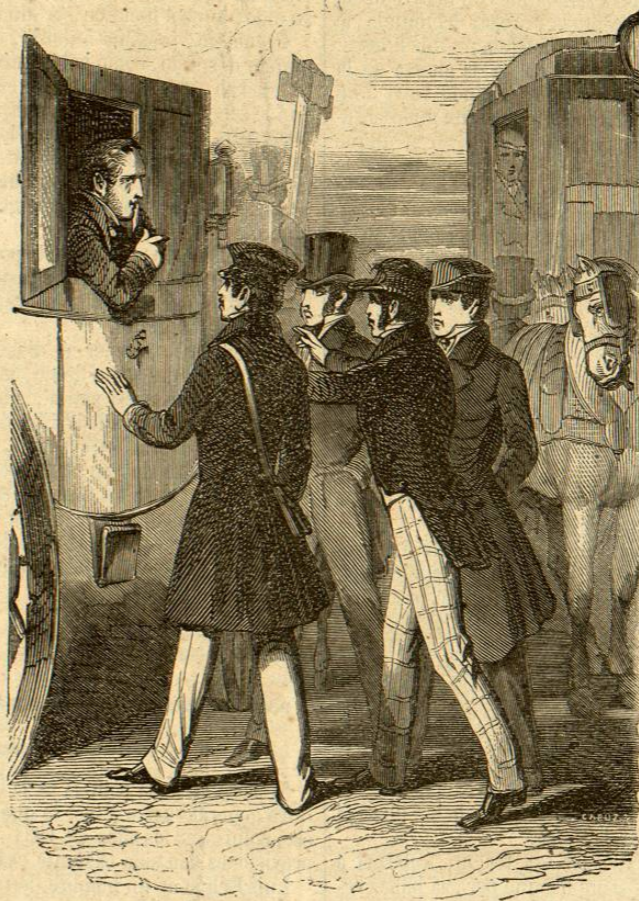
Del 29 de setiembre al 6 de octubre de 1835.

ENCUENTRO EN SCHLAU.—CARLSBAD VACÍO.—HOLLFELD.—RAMBERG EL BIBLIOTECARIO, Y LA JOVEN.—MIS DIVERSOS SAN FRANCISCOS.—PRUEBA DE RELIGION.—LA FRANCIA.

En Schlau, á media noche, delante de la casa de postas, mudaba caballos en un carruaje. Oyendo hablar francés, saqué la cabeza fuera de mi carruaje, y dije:

«¿Señores, vais á Praga? No encontrareis allí ya á Carlos X, pues ha marchado con Enrique V.» Dije quién era.—«¿Cómo que ha marchado! exclamaron diferentes voces: ¡adelante, postillon, adelante!»

Mis ocho compatriotas, detenidos primero en Egrá, habian obtenido permiso para continuar su viaje, pero vigilados por un dependiente de policia. No dejé de ser curioso mi encuentro en 1833 con un convoy de servidores del trono y del altar, despachado por los legitimistas franceses bajo la escolta de un sargento municipal. En 1822 vi pasar por Verona bandadas de carbonarios acompañados de gendarmes. Pues ¿qué quieren los soberanos? ¿A quiénes reconocen por amigos? ¿Temen el demasiado número de sus parti-



ENCUENTRO EN SCHLAU

darios? En vez de ser sensibles á la fidelidad, tratan á los hombres adictos á su corona como á propagandistas y revolucionarios.

El maestro de postas de Echlau acababa de inventar el acordeon, y me vendió uno: toda la noche estuve dándole al fuelle, cuyo sonido se llevaba para mí el recuerdo del mundo (1).

(1) Recibí de Perigueux el 14 de noviembre la siguiente carta, que, prescindiendo de mis elogios, comprueba los hechos que he referido:

«PERIGUEUX 10 de noviembre de 1835.

»Señor vizconde: No puedo resistirme al deseo de manifestaros el profundo dolor que tuve el lunes 28 de octubre

Carlsbad (por donde crucé el 30 de setiembre) es-

cuando me anunciaron vuestra ausencia. Habíame presentado en vuestra casa para tener el honor de ofrecer os mis respetos y conversar por algunos momentos con el hombre á quien he consagrado toda mi admiracion. Obligado á marchar aquella misma noche de Paris, adonde quizá no deberé volver, hubiera sido muy grato para mi haberos visto. Cuando á pesar de la mediania de la fortuna de mi familia emprendí el viaje de Praga, contaba en el número de mis esperanzas la de tener la honra de daros á conocer á vos. Y, sin embargo, señor vizconde, no puedo decir que no os haya visto; yo era uno de los ocho jóvenes á quienes encontrásteis á media noche en Schlau, á corta distancia de Praga. Llegábamos despues de haber sido por cinco días mortales victimas de la intriga que despues hemos sabido. Ese encuentro en aque-